

seguidos sus ministros, Danton hizo celebrar su matrimonio en la habitacion y por el ministerio de un sacerdote no juramentado, llamado Mr. de Keravenan, que más tarde murió siendo cura de San German de los Prados. Antes de la ceremonia, Danton pasó al gabinete del sacerdote, se arrodilló á sus piés y cumplió ó fingió el acto de la confesion.

La inmensa fortuna que le suponian, y que se átribuia á las exacciones que habia hecho en Bélgica, apareció desmentida por la dote que reconoció á su nueva esposa. Sólo llevó en matrimonio una cantidad de treinta mil francos en asignados, que muy poco despues ya no representaron más que doce mil. Dió á su mujer por único regalo de boda un bolsillo que contenia cincuenta luises en oro.

### III.

Este era justamente el momento en que Danton iba cobrando en su interior, con el mayor misterio, disgusto á la república, y maduraba el proyecto de restaurar por medio del ejército la monarquía constitucional en la familia de Orleans. Algunos días despues de su casamiento preguntó á su mujer si habia gastado los cincuenta luises que le dió el día de su boda. «No,—respondió la jóven;—los he conservado para dárteles en un momento de apuro.» «Pues bien, préstamelos,—dijo Danton;—los necesito para hacer de ellos un uso que sólo á tí puedo revelar.» Le confesó entónces que estaba fraguando un plan para modificar la república y arrebatar el gobierno á la anarquía; que un movimiento en Paris, coincidiendo con otro del ejército, proclamaria muy pronto la necesidad de la centralizacion del poder, llamando al duque de Orleans á ocupar el trono de la revolucion; que no faltaba á dicho plan más que el conocimiento y concurso del mismo duque de Orleans, entónces ausente de Paris; que era preciso enviar un agente discreto y seguro, y que habia escogido para esta mision á su secretario, llamado Miger, destinando para pagar su viaje los cincuenta luises.

Dió la esposa de Danton á su marido aquel dinero, y Miger partió. El duque de Orleans no quiso prestar su cooperacion ni dar su nombre á una empresa que le pareció culpable ó prematura. Danton aplazó el movimiento, pero no la idea.

Retrocedamos algunas semanas para comprender mejor cuál era la situacion de Danton en los movimientos que precedieron al 31 de Mayo.

Poco despues de la defeccion de Dumouriez, Lasource, el más receloso de los amigos de Roland, insinuó en un discurso que Laeroix y Danton eran cómplices de la traicion del general su amigo con objeto de restablecer la monarquía. «Ahí está la nube que es preciso rasgar,—dijo al concluir Lasource, dirigiendo la mano al bancó en que se sentaba Danton.—Pido que nombreis una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el Capitolio; ahora quiere ver la roca Tarpeya y el cadalso. (*Aplausos*). Pido además el arresto de Igualdad y de Sillery. Pido, por último, para probar á la nacion que jamás capitulamos con un tirano, que nos comprometamos todos á dar muerte al que intentare hacerse rey ó dictador.» La Asamblea, levantándose en masa, repitió el juramento de Lasource. Las tribunas, arrastradas por el movimiento de la Convencion, juraron la muerte del dictador, mirando á Danton. La sospecha que

se abrigaba en todas las almas pareció entónces haber estallado por la voz de Lasource, purificando el aire de la Convencion.

La actitud de Danton durante el discurso de Lasource habia revelado todo lo que pasaba en su alma: primero el asombro de un orgullo que se creía inatacable, luégo la cólera pronta á estallar contra un enemigo insolente, despues el desdén de una popularidad que podia arrostrar cualquier ataque, la energía contenida de una resolucion tomada de combatir á muerte, y por último, la inmovilidad afectada de la indiferencia que se compadece de sus acusadores, y agita en su mente las armas con que va á herirlos. Nunca en tan pocos minutos el semblante de Danton habia recorrido toda la escala de la fisonomía humana. La imaginacion parecia turbada en él como sobre un abismo, y la vista arrebatada como en un torbellino de pasiones. Cuando Lasource bajó de la tribuna, Danton se levantó, y pasando delante de los bancos de la Montaña en que se sentaba, se inclinó hácia los amigos de Robespierre y les dijo á media voz, indicando con la mano á los girondinos: «¡Malvados! ¡Quieren achacarnos sus crímenes!» Comprendieron los montañeses que Danton, saliendo al fin de su larga perplejidad, se decidia por ellos é iba á anonadar á sus enemigos. Siguiéronle todas las miradas á la tribuna. Al inclinarse, se volvió con la expresion de una orgullosa deferencia hácia la Montaña, y con una voz cuya gravedad ahogaba mal su emocion dijo, indicando con su ademan que sólo se dirigia á los montañeses: «Ciudadanos, debo empezar por tributaros mi homenaje. Vosotros los que os sentais ahí, habíais juzgado mejor que yo. Mucho tiempo he creído que, sea cual fuere la impetuosidad de mi carácter, debia moderar los medios que debo á la naturaleza, para emplear en calamitosas circunstancias la templanza que los sucesos parecian exigirme. Me acusábais de debilidad; teníais razon, y lo reconozco ante Francia entera. ¡A nosotros es á quienes acusan! ¡A nosotros, consagrados á denunciar la impostura y la maldad! ¡Y son esos hombres con quienes contemporizamos los que toman hoy la insolente actitud de denunciadores!»

Su voz atronadora resonaba como el toque de rebato sobre los murmullos de los girondinos y los anticipados aplausos de la Montaña. Despues de haber justificado por medio de denegaciones y afirmaciones la conducta que habia observado en sus relaciones con Dumouriez, calló por un momento, como para juzgar del efecto de su justificacion, sondear el terreno bajo sus plantas y replegar su cólera; luégo, prosiguiendo, dijo: «Y hoy, por haber sido demasiado prudente y circunspecto, por haberse artificioamente divulgado que tenia yo un partido y aspiraba á la dictadura, por no haber querido, respondiéndome hasta ahora á mis adversarios, suscitar combates demasiado violentos y ocasionar rompimientos en esta Asamblea, me acusan de menospreciar y envilecer la Convencion. ¡Envilecer la Convencion! ¿Quién más que yo ha procurado realizar su dignidad y fortificar su autoridad? ¿No he hablado con respeto hasta de mis propios enemigos? ¿Y por qué he abandonado este sistema de silencio y moderacion? Porque la prudencia tiene un término; porque, atacado por los mismos que debian regocijarse de mi circunspeccion, es permitido corresponder del mismo modo y salir de los límites de la paciencia. ¿Queremos un rey? ¡Sólo los que tuvieron la cobardía de querer salvar al tirano por la apelacion al pueblo son los que pueden ser sospechosos de querer un rey! ¡Sólo los que han querido manifestamente castigar á Paris de su

heroísmo sublevando contra él los departamentos, sólo los que han tenido cenas clandestinas con Dumouriez cuando estaba en Paris, sí, sólo éstos son los cómplices de su conjuración!»

A cada una de esas insinuaciones tan directas contra Lasource, Vergniaud, Barbaroux y Brissot, respondía la Montaña con ruidosas manifestaciones de gozo que interrumpían los apóstrofes y la voz desagradable de Marat.

«¡Nombrad á los que designeis!»—gritan al orador Gensonné y Guadet. «Pues bien, escuchad»,—responde Danton dirigiéndose á la Gironda. «Escuchad—repite Marat—los nombres de los que quieren asesinar la patria.» «¿Quereis oír una palabra que lo contenga todo?»—exclama Danton. «¡Sí, sí!»—le gritan de todas partes. Entónces Danton, con el acento y ademán de un hombre que depona toda consideración, dice: «Pues bien, creo que ya no hay tregua posible entre la Montaña y los patriotas que han querido la muerte del tirano con los cobardes que, queriendo salvarle, nos han calumniado por Francia toda».

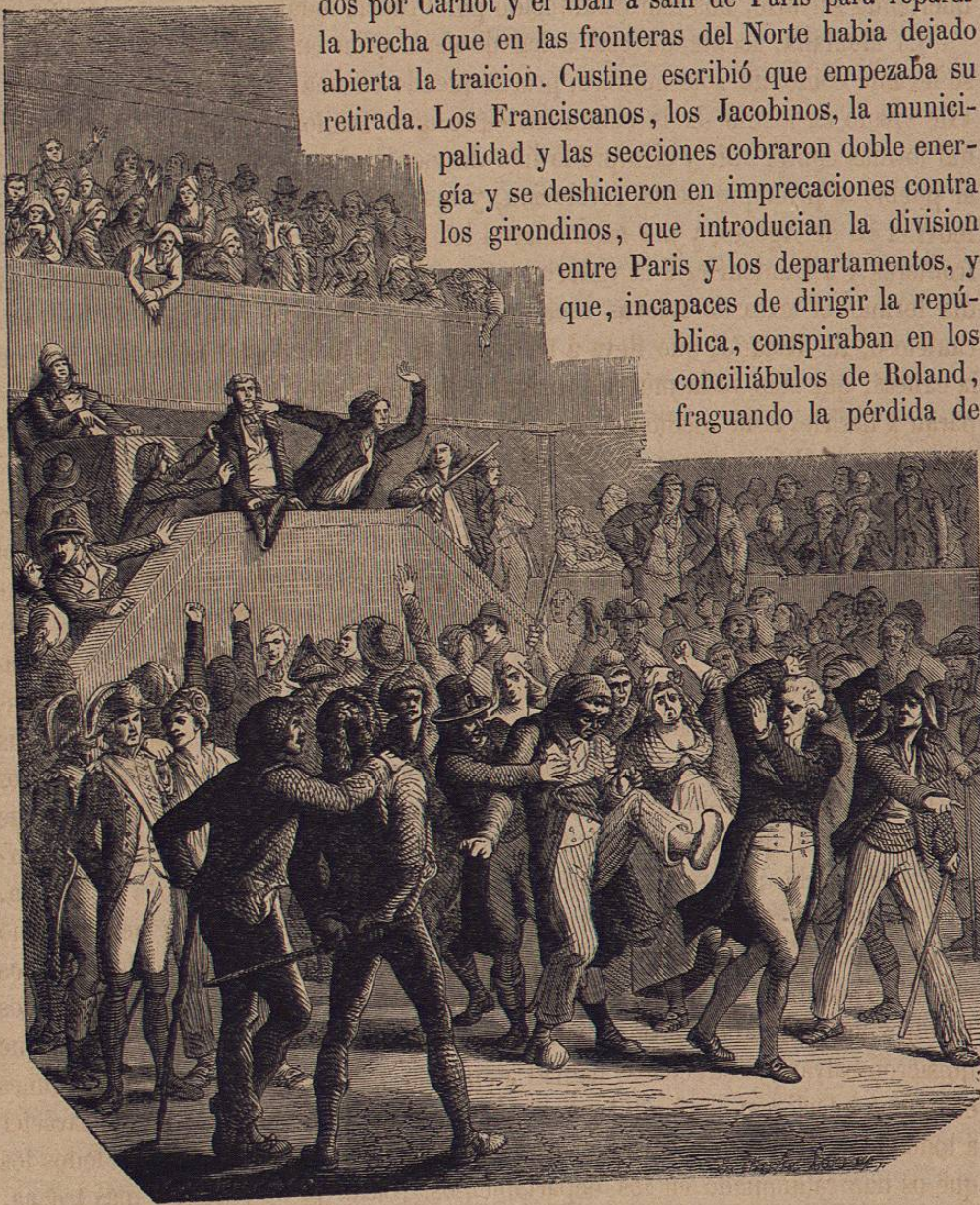
La Montaña, aceptando esta señal de separación entre ella y los girondinos, se levanta como un solo hombre, prorumpiendo en una prolongada exclamación. «He vivido en medio de la calumnia,—prosigue Danton con dolor,—ha tomado mil formas contra mí, y siempre la han desmentido sus contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolución, y me calumniaron los aristócratas; promoví el 10 de Agosto, y me calumniaron los moderados; empujé á Francia á las fronteras y á Dumouriez á la victoria, y me calumniaron los falsos patriotas; en el día forman el texto de nuevas inculpaciones las miserables homilias de un viejo cauteloso, de Roland, que lleva á tal punto el delirio y de tal modo ha perdido la cabeza, que sólo ve la muerte, imaginándose que todos los ciudadanos se preparan á herirle. Está meditando con sus amigos el aniquilamiento de Paris. ¡Pues bien, cuando Paris perezca, ya no habrá república!»

Repetidos y estrepitosos aplausos salen de las tribunas al escuchar estas palabras. Quieren imponerles silencio, pero Danton las justifica y dirige un himno al pueblo de Paris, quien desde lo alto de aquellas tribunas ha puesto por sí mismo su corazón, su mano y su voz en la obra de su libertad. Entra en algunos pormenores para justificarse á sí propio, y dirigiéndose de nuevo á la Montaña, exclama: «Probaré que soy un revolucionario inmutable, que resistiré á todos los ataques, y os suplico, ciudadanos, que acepteis mi augurio». La Montaña, desde sus bancos, abre los brazos á Danton como para abrazar á su nuevo jefe. Sale una voz de la Llanura que pronuncia el nombre de Cromwell. «¿Quién es el malvado que ha osado decir que me parezco á Cromwell?»—exclama el orador interrumpiéndose.—«Sí, pido que ese vil calumniador sea castigado y conducido á la Abadía. ¡Yo Cromwell! ¡Cromwell fué el aliado de los reyes!... Y el que ha herido como yo la cabeza de un rey, se convierte para siempre en la execración de todos los reyes... Reuníos,—prosigue últimamente con una voz llena de energía,—reuníos vosotros los que habeis pronunciado la sentencia del tirano, contra los viles que quisieron salvarlo; estrechaos, llamad al pueblo para aniquilar nuestros comunes enemigos interiores; confundid con el vigor y lo imperturbable de vuestro carácter á todos los malvados, á todos los aristócratas, á todos los moderados, á todos los que os han calumniado en los departamentos. ¡Basta ya de paz! ¡No más tregua, no más transacción con ellos!» El furor de su alma parecia haberle transmitido á

la Montaña. «Ya veis, por la situación en que me encuentro en este momento, la necesidad de manteneros firmes y declarar la guerra á vuestros enemigos, sean quienes fueren. Preciso es formar una falange indomable. Yo me encamino á la república; marchemos juntos, y veremos quién de nosotros ó de nuestros cobardes detractores alcanzará el término. Pido que la comisión de los Seis, que por la proposición de Lasource acabais de nombrar, no sólo examine la conducta de los que nos han calumniado y conspirado contra la indivisibilidad de la república, sino también de los que procuraron salvar al tirano.»

Bajó Danton entre los brazos de sus colegas de la Montaña. Sus palabras correspondían á la impaciencia de lucha que existía entre jacobinos y girondinos, contenida hasta entónces por su sola actitud. Este discurso rompía el dique entre ambos partidos, abriendo un libre curso al encono y á la sangre.

Marat, á su vez, acusó á todos. Santerre anunció que cien batallones formados por Carnot y él iban á salir de Paris para reparar la brecha que en las fronteras del Norte habia dejado abierta la traición. Custine escribió que empezaba su retirada. Los Franciscanos, los Jacobinos, la municipalidad y las secciones cobraron doble energía y se deshicieron en imprecaciones contra los girondinos, que introducían la división entre Paris y los departamentos, y que, incapaces de dirigir la república, conspiraban en los conciliábulos de Roland, fraguando la pérdida de



Aspecto del club de los Franciscanos.—Pág. 412.

los mejores patriotas y el restablecimiento de la monarquía. El mismo tribunal revolucionario, nombrado recientemente por la Convencion, vino á quejarse en la barra por no tener aún conspiradores ni traidores á quienes juzgar. No tardaron en enviarle en masa los aristócratas, los emigrados, los generales del ejército de Dumouriez, culpables, no de su traicion, sino de su derrota. Carnot, enviado á la frontera del Norte, llevó consigo el genio de la organizacion militar de que estaba dotado. Se armaron las plazas fuertes, las guarniciones fueron distribuidas, los acopios dispuestos, pusieron en actividad los talleres de armas y cañones, los generales fueron nombrados por aclamacion, y el ejército reformó sus líneas al frente de un enemigo que se asombraba de encontrar otra muralla de bayonetas detras de la que habia destruido.

## IV

Durante algunos dias, estas necesidades de salvacion pública confundieron aparentemente los actos, los votos y los discursos en la Convencion; los corazones parecian unánimes, pero se habian abrigado en ellos ambiciones y odios que sólo esperaban una ocasion para estallar. Desde el dia en que Danton pronunció su discurso, el partido de Marat, seguro de tan temible apoyo, iba cada vez adquiriendo más audacia.

Este hombre, que nada era ya por sí mismo, se habia hecho la bandera de la Montaña, y ésta no podia abandonarle sin parecer debilitarse y transigir con la Gironda. Marat conocia su propia fuerza, y abusaba de ella para empeñar sobre su nombre nuevas luchas que se engrandecian ante el pueblo á medida de la importancia del combate. Idolo del pueblo bajo, agitador de las secciones, seguro de la adhesion de la municipalidad, orador de los Franciscanos, se veia ademas sostenido por aquel club central de insurreccion, que se habia convertido en poder ejecutivo de la anarquía, y que se reunia en la sala del Arzobispado. Allí concurrían á una señal de Marat, para redactar peticiones incendiarias ó amotinar los arrabales, aquellos hombres que de la sedicion habian hecho un oficio. No cesaban los peticionarios de pedir á la Convencion la acusacion de Guadet, Vergniaud, Gensonné, Brissot, Barbaroux, Louvet y Roland.

Petion denunció á la Convencion una de esas peticiones que provocaban al asesinato de una parte de la Representacion nacional. «¿Quién merece mejor el patíbulo que Roland?—decia el escrito.—Y sin embargo, respira. A cualquier lado que dirijamos la vista, no vemos más que conspiradores. ¡Legisladores, amedrentad con el suplicio! ¡Montaña de la Convencion, salvad la república! O si no os sentis con bastante fuerza para hacerlo, tened la osadía de decirlo con franqueza, y nosotros nos encargaremos de ello.» Danton, traspasando los límites de la audacia, propuso que se hiciera mencion honorífica del escrito. Precipitóse á la tribuna con Fabre d'Eglantine y varios miembros de la Montaña para arrojar de ella á Petion. «¡Petion,—le grita Duperret,—tenemos hijos que nos vengarán!» «¡Sois unos malvados!»—respondió Danton. De entre la Llanura salen voces de *¡Abajo el dictador!* Los diputados bajan de sus bancos y se abalanzan cual dos torrentes contrarios á la tribuna. Un girondino desenvaina un puñal, y un montañés pone una pistola al pecho de Duperret. El presidente se cubre. Petion

sigue comentando el escrito y pidiendo venganza de los ultrajes dirigidos contra los miembros de la Convencion nacional; pero á cada paso se ve interrumpido por murmullos y carcajadas. Adelántase en medio del salon David, el amigo de Robespierre y de Marat, desafiando á Petion con voces y ademanes; pero éste persiste y hace resaltar la poca dignidad de la Convencion en conservar en su seno á un hombre junto al cual nadie queria sentarse un mes ántes, y que obtenia á la sazón más favor y respeto que los mejores ciudadanos, un hombre que predicaba abiertamente el despotismo, que provocaba el saqueo y pedía cabezas; en una palabra, Marat.

«¿Tenemos por ventura el derecho—dice Danton, que sucedió á Petion—de exigir al pueblo más cõrdura que la que nosotros mismos manifestamos? ¿No tiene el pueblo derecho de experimentar esa fermentacion que le conduce al delirio patriótico, cuando parece esta tribuna una arena de gladiadores? ¿No me he visto yo mismo sitiado hace poco en este lugar? ¿No me han dicho que queria ser dictador? Voy á examinar con frialdad la proposicion de Petion. No me dejaré arrastrar por pasion alguna, y conservaré mi impasibilidad, sean cuales fueren los movimientos de indignacion que se atropellen en mi pecho. Sé cuál ha de ser el desenlace de este gran drama, cuyo objeto será el pueblo: yo quiero la república, y probaré que me encamino constantemente á este fin. Se queja Petion de que hayan pedido su cabeza. ¿Y no se ha pedido tambien la mia en algunos departamentos? Al mismo Petion apelo, que hace tiempo se encuentra en medio de las borrascas populares, y muy bien sabe que cuando un pueblo derriba la monarquía para fundar la república, llega más allá del objeto que se propone, por la fuerza de proyeccion que se ha dado. ¿Qué debeis responder al pueblo cuando os dice verdades severas? Debeis responderle salvando la república. Sería tanto más bella la Constitucion, cuanto que habria nacido entre las borrascas de la libertad, y por eso un pueblo de la antigüedad levantaba sus murallas trabajando con una mano, al paso que con la otra empuñaba la espada que debia defenderlo. No se nos traigan, pues, denuncias exageradas como si se temiera la muerte. ¡Bien os cuadra pronunciaros contra el pueblo por haberos dicho verdades enérgicas! Pido que sea desatendida la mocion de Petion. Si Paris se manifiesta indignado, es porque tiene el derecho de hacer la guerra á los que tantas veces le han calumniado, despues de los servicios que ha prestado á la patria.»

Fonfrede, indignado, se levanta para apoyar la mocion de Petion. «Yo no considero—dijo—á algunos hombres como el pueblo. Se acusa á la mayoría de esta Asamblea de complicidad. ¿Y quién lo hace? Dumouriez. ¿Quién quiere disolverla? Orleans, cuando se pasa al enemigo. ¿Quién la acusa? Los realistas que vuelven á pedirnos el tirano cuya cabeza habeis derribado. ¿Quién la acusa, en fin? Todos los nobles, todos los clérigos, todos los reyes. Nos acusan de complicidad porque no se atreven á inculparnos de haber fundado la república, de haber declarado la guerra á la monarquía, de haber por último desterrado á esos Borbones cuyo despreciable jefe se despide así de nosotros. Y es indudable que debemos caminar en derechura á nuestro objeto, rechazando con una mano al enemigo y fundando con la otra la Constitucion. Ciudadanos, no permitais que en vosotros se envilezca la nacion.» «Ciudadanos,—dice á su vez Guadet,—la república se pierde si consentis que vengan esos malvados á decirnos impunemente que la Convencion está cor-

rompida.» Robespierre se levanta. «Los que pretenden—dice—que la mayoría de la Convención está corrompida, son unos insensatos; pero los que nieguen que alguna vez puede extraviarla una coalición compuesta de hombres profundamente corrompidos, son unos impostores... Voy á descorrer una parte del velo...»

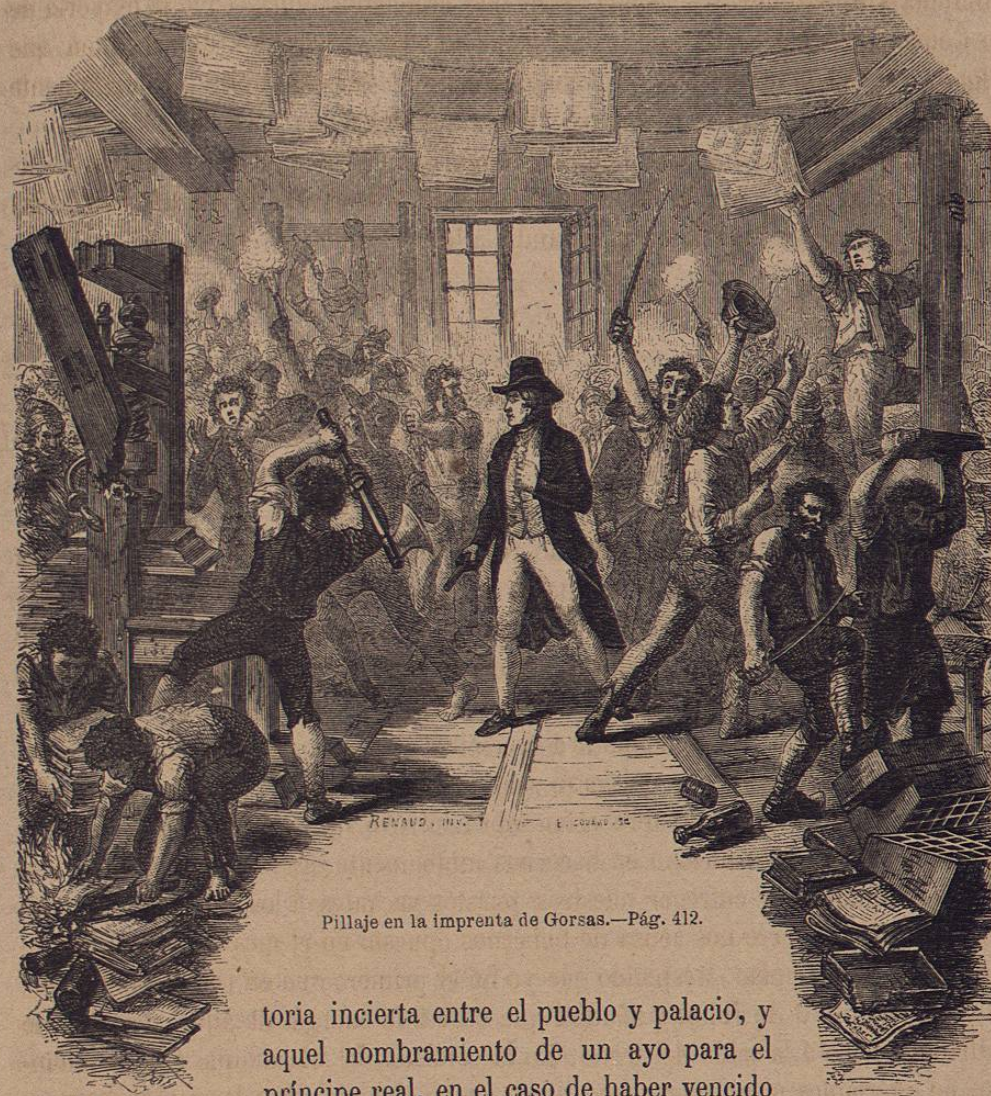
Al oír esto, Vergniaud se llena de indignación y pide él mismo que se escuche á Robespierre. «Aunque no tengamos—dice—discursos preparados artificialmente, sabremos responder y confundir á los malvados.»

## V

Robespierre acusa á Vergniaud y á su partido con la mayor vehemencia, y concluye por pedir su enjuiciamiento. La Montaña aplaudió el resultado de este discurso. Vergniaud subió á la tribuna después de Robespierre, y consiguió con dificultad hacerse escuchar.

«Voy—dijo—á tener la osadía de responder á Robespierre, quien, con una páfida novela artificialmente escrita en el silencio del gabinete y con glaciales ironías, acaba de sembrar nuevas discordias en el seno de la Convención. Tendré el valor de responderle sin meditacion, porque no tengo necesidad de arte como él; me basta con mi alma. Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado el terror á ese palacio de donde ha contribuido á precipitar al tirano, también lo excitará en el alma de los malvados que quisieran sustituir su tiranía á la de un monarca. En vano se trata de irritarme; sabré estar sobre mí. No secundaré los infames proyectos de los que se esfuerzan en hacernos mutuamente degollar, como los soldados de Cadmo, para entregar nuestros puestos vacantes á los déspotas que nos preparan. Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de Julio á la destitucion de Luis Capeto. Respondo que yo fuí el primero que en esta tribuna hablé de destitucion el 3 de Julio, y añadiré que tal vez la energía de aquel discurso no contribuyó poco á la caída del trono. En la comision del 21, de que era yo miembro, no queríamos ni un nuevo rey, ni un nuevo regente, sino la república, y yo fuí quien, después de haber presidido durante toda la noche del 9 al 10 de Agosto entre el toque de rebato, viene, mientras presidia Guadet por la mañana entre el estruendo del cañon, á proponer la república en nombre de la Asamblea legislativa. Os lo pregunto, ciudadanos: ¿es esto haber estado en connivencia con la corte? ¿Es á nosotros á quien debe ésta mostrarse reconocida, ó á los que por las persecuciones que nos hacen experimentar la vengan tan bien del daño que le hemos hecho?»

«Nos acusa Robespierre de haber insertado en el decreto de suspension un artículo en que se decía que se nombraría un ayo al príncipe real. El 10 de Agosto abandoné la silla de la presidencia á las nueve de la mañana, para redactar en diez minutos el decreto de destitucion. Supongo que me hubiesen engañado los motivos en que me fundaba para insertar dicho artículo; tal vez en las graves circunstancias en que nos hallábamos, tal vez entre las inquietudes que debían agitarme durante el combate, podría acusármese de no haber sido infalible. Como quiera que fuese, no es á Robespierre, oculto entonces prudentemente en una cueva, á quien convendría manifestarme tanto encono por un momento de debilidad. Pero cuando apresurado redactaba yo el proyecto de decreto, vagaba la vic-



Pillaje en la imprenta de Gorsas.—Pág. 412.

toria incierta entre el pueblo y palacio, y aquel nombramiento de un ayo para el príncipe real, en el caso de haber vencido

el tirano, aislaba constitucionalmente al padre del hijo, que servía de este modo de rehenes al pueblo contra las venganzas de la corte. ¡Nos acusa Robespierre de haber alabado á Lafayette y Narbona! Guadet y yo fuimos los que, á pesar de los murmullos de la Asamblea legislativa, tuvimos la osadía de atacar á Lafayette en esa barra, cuando intentó imitar á César. ¡Nos acusa Robespierre de haber hecho declarar la guerra á Austria! No se trataba entonces de saber si tendríamos guerra, porque ya nos la habían declarado de hecho; sólo de ver si esperaríamos pacíficamente que nuestros enemigos llevasen á cabo los preparativos que estaban haciendo á nuestras puertas para aniquilarnos, si dejaríamos que el teatro de la guerra fuese trasladado á nuestro territorio, ó si habíamos de llevarlo nosotros al suyo. El valor de los franceses ha respondido por nosotros á esta acusacion.

«¡Se dice que hemos calumniado á Paris! Sólo Robespierre y sus amigos son los que calumnian á esta ciudad célebre. Siempre se ha fijado con espanto mi pensamiento en las escenas deplorables que han manchado nuestra revolucion; pero he sostenido constantemente que han sido obra, no del pueblo, sino de algunos malvados que han acudido de todos los puntos de la república para vivir de rapiña y asesinato en la ciudad donde la inmensidad y las agitaciones abrían una